



EL LATIDO NATURAL

La imaginación de Antoni Gaudí en Barcelona

Texto Celia Carrera · Fotografía Pablo García Esparza

Como si de un universo arquitectónico mágico se tratase, la naturaleza ofrece infinitas estructuras de armonía y belleza que desvelan una fuente inagotable de inspiración y creatividad. Desde la silueta de los árboles y la delicadeza de las flores; hasta la solidez de las formaciones rocosas o la fluidez del agua, enseñan una serie de principios útiles y hermosos que, a pesar de ser concebidos como inimitables, pueden ser extrapolados al arte de la arquitectura. A través de una atenta observación de las leyes naturales, unido a un carácter intuitivo y a una desbordante imaginación, Antoni Gaudí (1852-1926) logró capturar y plasmar una esencia vital en sus obras, las cuales respiran y laten al compás del entorno natural.

En el transcurso y contexto de grandes transformaciones en la ciudad barcelonesa, impulsadas por el desarrollo industrial, la explosión demográfica o la fuerte renovación cultural, emerge la figura del revolucionario arquitecto, redefiniendo la identidad de la metrópoli. Mediante la ruptura de los estándares clásicos y el uso de técnicas tradicionales, logró que la capital catalana, donde alberga la mayor parte de sus creaciones, se consolidase como un referente mundial de la arquitectura modernista. Barcelona, pionera en la integración de arte y urbanismo, es reconocida como una auténtica hechicera.





UN RETRATO DE LOS REINOS BIOLÓGICOS

El legado de Antoni Gaudí, autor de siete obras declaradas patrimonio de la humanidad por la UNESCO, pervive con una autenticidad propia, al igual que el reino natural que tanto le inspiró. Sus edificaciones, devoción de miles de turistas, se imponen ante nuestros ojos al igual que los rayos del sol después de la tormenta: resplandecientes, enérgicos y repletos de color y vitalidad.

Caminando por el Passeig de Gràcia, se puede observar cómo las olas del mar y el soplo del viento moldean la Casa Batlló (1904-1906), configurando superficies curvas y onduladas características de su arquitectura orgánica. Desde la fachada hasta el espacio interior, esta obra refleja con maestría el esplendor del reino marino: los vidrios y azulejos irregulares que simulan las escamas de criaturas acuáticas; el remolino que compone el techo del salón principal o el espectacular patio interior compuesto por una cascada en una gama de tonos azules, son algunos de los elementos con los que Gaudí evocó este fascinante paisaje, repleto de incontables formas y texturas.

A escasos minutos a pie, un conjunto de formaciones rocosas y estructuras geológicas conforman la Casa Milà, más conocida como La Pedrera (1906-1910). A pesar de mantener una continuidad en la representación de elementos simbólicos de la fauna abisal –barandillas de hierro forjado que simulan enredaderas; balcones que imitan la estructura de corales o chimeneas que adoptan forma de caracol en la azotea– logró aportar un elemento de erosión natural a la obra gracias al uso de la piedra. Un acantilado parece ser esculpido en la fachada, integrándose en armonía con las líneas arquitectónicas de la casa, donde la curva predomina sobre la línea recta y desafía los estándares urbanísticos de la época. Un reino mineral que se nutre de las formas sinuosas del desfiladero del Parc Natural de la Serra del Montsant, emerge con fuerza.

La singularidad de estas obras y otros edificios de la zona, como la Casa Vicens (1883-1885), la primera casa encargada al arquitecto, inspirada en la era medieval; o la Casa Calvet (1898-1900), donde elementos poco frecuentes en sus obras, como la simetría, el equilibrio y el orden se hacen presentes, convirtieron el ensanche de Barcelona en el eje central de la expansión urbanística de la ciudad.

Con la introducción de un lenguaje creativo y singular, el Passeig de Gràcia se consolidó como el nuevo epicentro residencial burgués, que posteriormente sirvió como modelo y referencia para otras ciudades de Europa.





LA CULMINACIÓN DE UNA UTOPIA SOÑADA

A lo largo del tiempo, expertos y críticos de la obra de Antoni Gaudí han utilizado el término “paisajista” para referirse a la manera en que el arquitecto transformó espacios exteriores, jardines y patios. Esta faceta como arquitecto de paisajes, derivada del movimiento “paisajismo inglés” —estilo que introdujo líneas suaves y curvas, rompiendo con los diseños geométricos— alcanza su máxima expresión en lo que para los artistas de la época representaba un utópico paraíso perdido: El Park Güell (1900-1914).

Alejado del ruido y bullicio de las ramblas de Barcelona, este laberinto de cerámica coloreada y piedra rústica representa la intención conjunta de Eusebi Güell (1846-1918), empresario industrial y mecenas de Gaudí, y del propio arquitecto, de desarrollar un entorno donde el arte constructivo se integra en el paisaje, en lugar de imponerse sobre él. Inicialmente concebido como un espacio privado y residencial, su transformación en parque público permitió que decenas de miles de visitantes queden hoy cautivados durante su recorrido.

Siguiendo los principios del organicismo, difuminando los límites entre el surrealismo y la realidad, un sinfín de elementos fantásticos parecen emerger del propio terreno. Las columnas y arcos que imitan los troncos de los árboles; el banco serpenteado que recorre la curva de la plaza; o la salamandra y el dragón de cerámica esculpidos con la técnica de trencadís, componen, en su conjunto, un espacio onírico donde los detalles se entrelazan y se conectan. Un organismo que vive en la cima de la colina del Carmel.







La utopía Gaudiana llega a su culminación al transformar un sueño arquitectónico en una realidad tangible y mensurable: la Sagrada Familia, una obra que trasciende generaciones y avanza hacia su plenitud tras más de un siglo de construcción.

Situada en el corazón de la ciudad y del llano de Barcelona, a la misma distancia del mar y la montaña, la basílica brota y florece como un bosque sagrado con una profunda carga simbólica y cultural para la sociedad catalana.

Con la intención de hacernos elevar la mirada hasta el cielo, alcanzando el punto álgido de Barcelona, cada una de las torres y fachadas del templo, semejantes a los picos de las montañas, se componen de patrones repetitivos y formas sinuosas que aluden a la estructura natural de elementos vegetales. A través de una alegórica ornamenta-

ción, refleja la abundancia y generosidad de la naturaleza esculpiendo frutas y espigas en las torres esbeltas; mientras que en las fachadas, las plantas, flores y animales diversos representan la alegría y energía vital de la creación.

Simultáneamente, como troncos de árboles que se ramifican hacia el techo, las columnas del interior imitan el crecimiento inevitable de la vegetación, que junto a las ventanas de colores, actúan como un filtro natural de luz. Valiéndose de la iluminación como medio de expresión y conexión entre el universo celestial y terrenal, Gaudí diseñó las cúpulas y vidrieras con la intención de crear diferentes efectos visuales en el interior, proyectando sombras y matices de colores que iluminan ciertas áreas de la iglesia en momentos clave. La luz, entendida como evolución y transformación constante, es uno de los recursos más fascinantes y distintivos en las obras de Antoni Gaudí.





Antoni Gaudí permanece en la cripta de la Sagrada Familia y allá donde habitan todas sus creaciones. Esto es lo que ocurre cuando las obras de un artista conmueven, emocionan y traspasan los límites de lo imaginable. Su legado sigue influyendo en el diseño contemporáneo, especialmente en interiores y en soluciones arquitectónicas sostenibles, ya que empleó los materiales más económicos de la época y aprovechó los materiales de desecho. Dando una segunda vida a lo que parecía inservible, Gaudí lograba crear algo completamente nuevo y hermoso. Encarnando una visión única y atemporal, las calles y rincones de Barcelona palpitan como un museo con vida propia, un espejo del alma creativa del genio que la imaginó. ■



Contra los fuertes vientos del norte EL CAPRICHIO

En la cántabra y rústica villa de tradición pesquera, Comillas, se encuentra una joya escondida, una obra de juventud anticipada a los principios del modernismo que dejó entrever la genialidad temprana del arquitecto. Situado junto al neogótico Palacio de Sobrellano, cuya proximidad no es fruto de la casualidad, El Capricho de Antoni Gaudí (1883-1885) se impone como una manifestación de libertad creativa enmarcada en una localidad que, durante el último cuarto del siglo XIX, se convirtió en una estación de veraneo repleta de majestuosos palacios y pintorescos paseos.

Lejos de ser un capricho arquitectónico, la singularidad de esta obra radica en su minuciosa adaptación a un agente atmosférico que, a diferencia del mediterráneo, sacude Comillas: los constantes vientos procedentes del noreste. Como la proa de una embarcación en alta mar, la imponente torre angular minimiza el impacto de estos sobre la estructura, mientras que las fachadas curvas y sólidas permiten su desviación, favoreciendo la perfecta integración de esta construcción visionaria en el entorno. Simultáneamente, tanto los amplios ventanales –con doble cristalera, algo insólito para la arquitectura de la época–, como el invernadero en forma de “u”, fueron orientados estratégicamente para proteger el clima interior y aprovechar el calor de cada haz solar de esta región del norte. Una atmósfera cálida y acogedora inunda cada rincón, demostrando que la funcionalidad y el diseño estético pueden no sólo coexistir, sino además complementarse.

Inspirado en el movimiento de los girasoles, plantas heliotrópicas que aparecen representadas en la decoración esmaltada, este emblemático palacete residencial gira y se orienta siguiendo el trayecto del sol. En perfecta sintonía con este principio de arquitectura solar que guía el proyecto, las cenefas de hierro forjado que adornan y caracterizan los balcones, integran elementos propios de un pentagrama, rindiendo tributo al compositor Máximo Díaz de Quijano, para quien fue construida esta obra sinfónica. Las tejas de cerámica vidriada, con sus brillantes tonos verdosos y amarillos; las llamativas chimeneas que evocan el mundo micológico; o la escalinata de piedra, que aporta una sensación de movimiento y fluidez al recorrido, se funden con la musicalidad arquitectónica, desvelando algunos de los principios que, más adelante, se convertirán en la seña de identidad de sus creaciones.

El Capricho es una de las pocas obras del arquitecto fuera de Cataluña, donde proclamó a los fuertes y húmedos vientos que azotan Comillas, que otro lenguaje arquitectónico era posible. Nada de lo que ocurre en la naturaleza es caprichoso; todo tiene una razón y un sentido que hay que descubrir, estudiar e interpretar, o así lo manifestó Antoni Gaudí. ■

